

# sociología y sociologías en la encrucijada actual de la América latina

IGNACIO SOTELO

En la América Latina, la preocupación por los problemas históricos y sociales ha tenido una preeminencia especial, sobrepasando con mucho al escaso interés que se ha prestado, hasta época muy reciente, a las ciencias naturales. Con razón, se ha señalado repetidas veces que la única filosofía actuante en la región, ha sido filosofía social. Dentro de este contexto, en que la especulación sobre la esencia de lo social se entremezcla con intereses y conflictos políticos hartamente concretos, la literatura sociológica europea —Comte, Spencer— gozó de gran predicamento en los medios intelectuales de la pasada centuria, y muy pronto, a veces incluso antes que en Europa o en los Estados Unidos, aparecieron las primeras cátedras de sociología, vinculadas a las facultades de derecho.<sup>1</sup> La sociología, en su sentido más lato, cuenta con una respetable tradición en la América Latina. La problemática de su propia situación, una vez despedidas las esperanzas de la generación insurgente, obligó a enfrentarse con una realidad que se mostraba difícilmente encajable en los modelos euro-

<sup>1</sup> Al parecer, la primera cátedra de sociología que se inaugura en el mundo, fue la de la Universidad de Bogotá, en 1882, diez años antes que la de Chicago, que suele considerarse como la más antigua. En los inicios de 1900, se funda una cátedra de sociología en la Universidad de Buenos Aires. Ver Alfredo Poviña, *Nueva historia de la sociología latinoamericana*, Córdoba, Argentina, 1959, p. 227.

peos o norteamericanos, que se pretendían imitar. A lo largo del siglo XIX, el intelectual latinoamericano oscila entre el intento de adoptar pautas foráneas (Sarmiento) y la insistencia en una peculiaridad propia, que es preciso fijar en una acción revolucionaria consecuente (Martí).

Desde la década de los cincuenta, y rompiendo muy deliberadamente con esta tradición, ha ido estableciéndose una “sociología científica”,<sup>2</sup> empeñada, por lo pronto, en desprenderse del lastre retórico y meramente especulativo que terminó por caracterizar a la mayor parte de las publicaciones sociológicas del área. Esta reacción, en sí misma saludable, se incluye en la campaña que el neopositivismo concierne contra la pretensión de las “ciencias del espíritu” de constituir un campo metodológico propio. El retraso en su aparición, y las dificultades que encuentra esta corriente científica en la América Latina, se explicarían por el bajo nivel de desarrollo de la mayoría de estos países: el afán especulativo y global, a la vez que estético y ensayístico, de la sociología tradicional de la América

<sup>2</sup> Esta denominación para nombrar a la moderna sociología empírica, la tomamos de Gino Germani, el representante latinoamericano más caracterizado de esta tendencia. Véase, Gino Germani, *La sociología científica (Apuntes para su fundamentación)*, México, 1956.

Latina, sería expresión de una sociedad todavía no “modernizada” en sus estructuras básicas.

## I

La “sociología científica” importa de Estados Unidos conceptos y técnicas de investigación. Este carácter imitativo, de mero trasplante de lo que hoy pasa por ciencia en la nación más poderosa del mundo, no es nuevo ni sorprendente: las disquisiciones del pasado también se movían dentro de cuadros ideológicos extraños. Nuevo, en cambio, es su sentido pragmático, tanto en el modo de aproximarse a la realidad, como en su intención. El sociólogo científico rechaza todo planteamiento que no se apoye en una base empírica aceptable. Antes de abordar cualquier tipo de generalización, se esfuerza en ganar, en detallado trabajo de campo, la evidencia empírica necesaria. Por vez primera sale de su gabinete pertrechado de cuestionarios, dispuesto a circunscribirse a problemas parciales en gracia a una mayor objetividad. El afán de aprehender la realidad social en su concreción empírica, corresponde al deseo de contribuir a una clarificación de los factores que intervienen en el proceso de “modernización”. Conocimiento empírico de la realidad social latinoamericana y formas de contribuir a su “modernización”, se vinculan íntimamente en la intención de la “sociología científica”. Las modernas técnicas de investigación social aparecen unidas a lo que se ha llamado “mentalidad desarrollista”.

La “gran depresión” de los años treinta marca en la América Latina un hito fundamental: entierra, al parecer definitivamente, la confianza decimonónica de que de una política liberal consecuente, tanto en la esfera económica como política, resultaría un progreso continuo. El librecambio se presenta en tiempos de crisis con colores muy distintos; lejos de constituir el motor del progreso parece, por el contrario, la cadena más pesada que arrastra la América Latina, obligada a exportar materias primas e importar productos manufacturados, relación comercial que, en vez de haber ocasionado el crecimiento armónico que pronosticaron los clásicos, constituye una de las causas esenciales de que se hayan acentuado gravemente los desniveles entre las metrópolis industriales y la periferia. Tras el relativo enmascaramiento de la situación real, por las condiciones favorables que crea la Segunda Guerra Mundial —aumento de las exportaciones, reducción de

las importaciones, con el consiguiente desarrollo de una industria nacional sustitutiva— el año 1945 inaugura un periodo en el que parece insoslayable forzar por todos los medios una rápida industrialización. Ya nadie piensa que un crecimiento sostenido pueda resultar del libre juego de las fuerzas económicas y sociales (progreso). Al contrario, se considera indispensable un esfuerzo consciente —es decir, planeado— en el que el Estado ha de asumir un papel de importancia decisiva (política de desarrollo).<sup>3</sup> A pesar de éxitos apreciables —el índice de crecimiento industrial en México y Brasil en los años cincuenta es satisfactorio—, termina por imponerse la evidencia de que a una rápida industrialización, más que obstáculos de orden económico en sentido estricto, se oponen las estructuras sociales y de poder predominantes en el área. La problemática del desarrollo, al principio un capítulo reservado a los economistas, tiene pronto que ampliar su horizonte incluyendo al sociólogo.

La “sociología científica” se inserta dentro de esta perspectiva. Su cometido especial consiste en aclarar los factores sociales que favorecen u obstaculizan el crecimiento económico. Ahora bien, esta finalidad comporta sus propias exigencias: implicaciones prácticas sustantivas resultan tan sólo de estudios planteados desde una determinada caracterización de la “sociedad global”, que se quiere movilizar. Mas los instrumentos conceptuales y los supuestos metodológicos de la “sociología científica”, hacen cuestionable un planteamiento de conjunto: cuanto más pequeña es la entidad social que se investigue, mayor es la “pureza” metodológica alcanzable. El rigorismo metodológico obliga a planteamientos poco relevantes desde las necesidades de las sociedades estudiadas; ocuparse de los problemas inherentes a una política de promoción de cambios, requiere tratamientos sobre cuya validez metodológica caben las mayores dudas. El “sociólogo científico” parece avocado a una alternativa inaceptable; o bien pecar de ineficacia por afán científicista, o bien verse tachado de impresionismo periodístico, al intentar coger al toro por los cuernos.

<sup>3</sup> La “Comisión Económica para la América Latina” (CEPAL), organismo internacional dependiente de las Naciones Unidas, ha formulado, en sus publicaciones de los años cincuenta, esta política de desarrollo industrial. Véase ONU, *The Economic Development of Latin America and its Principal Problems*, 1950. Para una interpretación de su significado histórico, Felipe Vázquez Varini, *Acción y pensamiento económicos de América Latina*, Montevideo, 1961.

En las sociedades capitalistas altamente industrializadas, esta dificultad, aunque no desconocida,<sup>4</sup> pudo en parte soslayarse, bien limitándose al estudio de las relaciones sociales más simples (microsociología), bien conformándose con teorías de “alcance medio”, es decir, ajustando, en último término, los temas de investigación a los supuestos metodológicos.<sup>5</sup> El empirista a ultranza pudo refugiarse en el estudio de cuestiones harto diferenciadas porque, falto de imperativos prácticos, le cupo elegir el tema en función de un interés puramente metodológico. En otros casos, si es consciente de la relevancia propia del tema elegido, es porque cuenta de antemano, aunque no siempre de manera explícita, con un marco general y un esquema histórico de la sociedad en la que se desenvuelve. Pero, justamente, estas dos condiciones faltan al sociólogo empeñado en dar cuenta de una sociedad “subdesarrollada”. Por un lado, se imponen requerimientos de orden práctico, en fin de cuentas, se trata de contribuir de alguna forma al mejoramiento de una situación que se presenta como *inaceptable*. Por otro, carece de un marco teórico que le permita caracterizar, en sus rasgos más generales, a la sociedad de que se ocupa.

La inaceptabilidad de la sociedad subdesarrollada radica ya en su propia definición. En cambio, el sociólogo empírico no suele rechazar *in toto* la sociedad capitalista altamente industrializada, dentro de la cual ha desarrollado el aparato conceptual que utiliza. Esta diferente actitud, de conformidad o de rechazo con la sociedad estudiada, no deja de tener consecuencias graves en el diseño de conceptos y en la formulación de problemas. Una actitud crítica insistirá, en primer lugar, en los procesos de cambio que puedan modificar la situación que se repudia; al contrario, para el que se adhiere al orden social que estudia, la cuestión primordial consistirá en hacer patente los mecanismos que coadyuvan a la estabilidad del sistema. Desde Comte, pasando por Pareto y Durkheim, hasta el contemporáneo Parsons, el afán principal de la sociología ha

<sup>4</sup> Cf. Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure*, 2a. ed., 1957, p. 85.

<sup>5</sup> En los últimos años, se va tomando conciencia del callejón sin salida a que conduce esta reducción metodológica. En América, el verdadero formulador de la crisis reduccionista es C. Wright Mills; su libro, *The Sociological Imagination*, 1959, significó en este sentido, un paso importante. En Alemania, la polémica en torno al neopositivismo ha desempeñado la misma función esclarecedora. Véase la obra colectiva, *Der Positivismustreit in der deutschen Soziologie*, 1969.

sido contribuir al esclarecimiento de los mecanismos de equilibrio social. ¿Cómo adoptar esta sociología “estática”, nacida en una sociedad satisfecha de ella misma, a las necesidades de cambio, de transformación que caracteriza a las sociedades subdesarrolladas? La primera sorpresa con que tuvo que habérselas la sociología de los países subdesarrollados, fue comprobar que se carecía de una teoría del “cambio social”, que se ajustara a los supuestos teóricos y metodológicos de la sociología empírica dominante. Confeccionar una teoría del cambio, era el primer deber que se imponía.

Para constatar el cambio, parece por lo pronto imprescindible fijar el punto de partida: la sociedad subdesarrollada en su originalidad propia, antes de que tome conciencia de su subdesarrollo al medirse con sociedades más desarrolladas, y apetezca, por consiguiente, cambios. Pero, ¿cómo definir y caracterizar en sus rasgos más generales, a esta sociedad “originaria”? La observación directa proporciona contenidos sólo interpretables una vez en posesión del marco general que buscamos. Además, cómo ignorar que la sociedad subdesarrollada actual, lejos de haber mantenido fijas sus estructuras básicas, es también el resultado de un largo proceso de cambio, sólo que en una dirección y pasando por unas etapas para nosotros desconocidas? El desarrollo histórico de las sociedades no europeas constituye, con pocas excepciones, una incógnita de la que únicamente conocemos el resultado, eso sí, radicalmente distinto del nivel alcanzado por la sociedad occidental.

Contrastar el sistema de valores, las estructuras sociales, los niveles tecnológicos y económicos de la sociedad propia y conocida, con la extraña que pretendemos estudiar, implica ya una primera posibilidad de salir del atolladero.<sup>6</sup>

El método comparativo ha dado en las ciencias sociales frutos abundantes. La lingüística, que lo aplica muy tempranamente, alcanza una madurez sorprendente. Hay incluso quien lo concibe como el método característico de las ciencias sociales. La comparación sistemática de la realidad del “tercer mundo” con el modelo occidental, ha configurado, desde luego, la sociología del desarrollo. La sociedad “originaria”, punto de arranque del proceso de cambio, se define de ma-

<sup>6</sup> Otra posibilidad que aquí no consideramos es la que, desde la antropología cultural, propuso B. Malinowski: partir de una teoría general de la cultura que sirva de marco general para cualquier investigación sobre cualquier sociedad conocida o desconocida. Véase *A Scientific Theory of Culture*, 1941.

nera “típica e idealizada”<sup>7</sup> por contraste con la sociedad desarrollada que se concibe, a su vez, como meta a alcanzar. Consciente de los servicios prestados por el método comparativo importa, a esta altura, constatar algunos de sus inconvenientes en la cuestión que nos ocupa. Dos observaciones a este respecto. Primero, caracterizar a la sociedad no occidental por contraste con la occidental, unifica *negativamente* todas las sociedades no occidentales en relación con un modelo único; las diferencias específicas entre ellas quedan relegadas a un segundo plano, cuando no se omiten por completo.<sup>8</sup> Segundo, el contraste comparativo, en un principio recurso metódico, tiende a hipostasiarse en un dualismo constitutivo: por un lado, la sociedad industrial, moderna, dinámica; por otro, la agraria, tradicional, estática.<sup>9</sup>

La caracterización de la sociedad “originaria”, como punto de arranque del proceso de cambio, no queda, en realidad, resuelta, por el mero contraste negativo, atribuyéndole —vía *negationis*— las mismas propiedades de la sociedad que sirve de pauta, pero en sentido inverso: baja renta nacional, baja productividad, escasa industrialización y urbanización, deficiente escolaridad etcétera. No queda otro remedio que sustituir la perspectiva negativa —caracterización del subdesarrollo— por la positiva —determinación de los rasgos específicos de la “sociedad industrial” o “moderna”—, lo que exige hacer explícito el punto de arranque (causas y factores) de la primera “modernización”. Este planteamiento obliga al sociólogo a ser infiel a su propio postulado de no hacer ninguna generaliza-

<sup>7</sup> Con esta expresión se trata de traducir el concepto weberiano de *idealtypisch*.

<sup>8</sup> “La notion de sous-développement naît d’une comparaison; elle caractérise ce que des sociétés ne sont pas (à savoir développées), elle ne caractérise pas positivement ce qu’elles sont. Car le concept de sous-développement (ou d’insuffisant développement) englobe des peuples de vieille civilisation (Inde), d’organisation tribale (certaines parties de l’Afrique) en même temps que les régions les moins riches des pays développés” Raymond Aron, “La théorie du développement et l’interprétation historique de l’époque contemporaine” en *Le Développement Social*, Paris, 1965, p. 89.

<sup>9</sup> Aunque con diferencias de matiz, este esquema dualista se encuentra en autores tan caracterizados como Everett E. Hagen, *On the Theory of Social Change*, 1962 y Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society*, y *Modernizing the Middle East*, 1958. En la América Latina, este esquema ha sido especialmente utilizado por el “sociólogo científico” por antonomasia, Gino Germani: véase *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, 1966 y *Sociología de la modernización*, 1969. La sociología norteamericana sobre la “modernización” es abundantísima.

ción sin suficiente base empírica, propugnando, un tanto diletantemente, una interpretación global de largos periodos históricos. Más aún, al suponer una modificación sustancial en un determinado momento y en una determinada cultura, se esquematiza la totalidad de la historia universal en dos periodos fundamentales; antes y después de la “dinámica”,<sup>10</sup> que caracterizaría al mundo “moderno”. Esto ya implica incluso una filosofía de la historia.

Este desenlace no puede menos que irritar. La sociología ha pretendido, precisamente, afirmar su autonomía eliminando, en un formalismo creciente, todo contenido histórico-filosófico. Llevando las cosas a su última consecuencia, la llamada escuela de “la dinámica del grupo pequeño”, llega incluso a considerar prueba palmaria de “espíritu medieval”, la utilización por el sociólogo de materiales históricos.<sup>11</sup> Ya Max Weber escribe sus trabajos metodológicos con el fin de purificar a las ciencias sociales de cualquier resabio histórico-filosófico. Fundamentar la sociología como ciencia autónoma, significó limpiarla de las concepciones histórico-filosóficas que la atosigaban —el marxismo, el positivismo y el utilitarismo, con su ideología del progreso, el hegelianismo de derecha y la tradición del romanticismo alemán.

No cabe, sin embargo, un acomodo completo entre la intención metodológica de Weber —eliminación radical de todo residuo histórico-filosófico— y la problemática central que plantea especificación del capitalismo occidental, como un momento nuevo y único de la historia nacido de condiciones particularísimas que no tienen parangón en ninguna otra cultura. Metodológicamente niega toda filosofía de la historia; de hecho y subrepticamente, se cuele una,<sup>12</sup> que gira alrededor del concepto de “racionalización”. La peculiaridad de la historia de occidente consistiría en el proceso de “racionalización” porque pasan todas sus esferas: en la ciencia —secularización—; en la economía —capitalismo—; en el derecho —Estado legal. El Estado moderno de la Europa capitalista constituiría la última etapa de este proceso de “racionalización”<sup>13</sup> en la que,

<sup>10</sup> Richard F. Behrendt, *Die Dynamische Gesellschaft. Über die Gestaltbarkeit der Zukunft*, 2a. ed., 1964.

<sup>11</sup> Don Martindale, *The Nature and Types of Sociological Theory*, 1961, p. 12.

<sup>12</sup> Günter Abramowski, *Das Geschichtsbild Max Webers. Universalgeschichte am Leitfaden des okzidentalen Rationalisierungsprozesses*, 1966.

<sup>13</sup> La semejanza del esquema histórico de Weber con la filosofía de la historia de Hegel, es palpable a pesar de la ani-

dialécticamente, se patentiza, la irracionalidad que lleva en su entraña: una racionalidad mecánica, desprendida de la individualidad humana, que acaba por negarla —proceso de burocratización.

Este irracionalismo burocrático, en que desemboca el proceso de racionalización, está ya implícito en el concepto weberiano de racionalidad —como adecuación de medios a fines— y en su visión primaria de la historia como caos, irreductible a leyes objetivas. En este marco de claro sabor nietzscheano,<sup>14</sup> la historia aparece como la eterna lucha de la personalidad carismática, que se orienta según ideales y normas que nacen de lo profundo de la intimidad —el profeta en Israel, el puritano de los orígenes del “espíritu del capitalismo”, el “caudillo” de nuestros días— con la realidad histórico-social, que en razón de su propia dinámica, exige una adaptación cada vez más completa a sus mecanismos de control. La historia sería así, en último término, “la eterna lucha entre el carisma creador y la burocracia racionalizadora”.<sup>15</sup> La cuestión trágica en que culmina el pensamiento de Weber, reza: “qué esperanza de salvación cabe en un mundo, en que el proceso de racionalización y de secularización ha llegado a su punto final, no dejando zona libre para que emerja una personalidad carismática liberadora”.

En Weber tiene su origen la aporía que apuntábamos en la sociología del desarrollo: implicar tácitamente una filosofía de la historia, en oposición a los supuestos metodológicos propugnados. La toma de conciencia de los problemas del subdesarrollo, como consecuencia del proceso de descolonización que abre la Segunda Guerra Mundial, coincide con la recepción de Weber por la sociología norteamericana. Las categorías weberianas van a acoplarse a las nuevas necesidades que resultan de la efervescencia revolucionaria del mundo colonial, muy diferentes de las que sirvieron de acicate al Weber de comienzos del siglo. Su intención prima-

madversión encarnizada del sociólogo contra el filósofo del “absoluto”. R. Bendix en su obra *Max Weber. An Intellectual Portrait* (1960), la señala en la nota núm. 9, del capítulo 11, en la edición alemana que maneja, p. 416, como prueba de lo inmerso que estaba Weber, a pesar de todo, en la tradición del idealismo alemán.

<sup>14</sup> La influencia de Nietzsche sobre Weber cala mucho más hondo de lo que a menudo reconoce la literatura sociológica. Véase E. Fleischmann, *De Weber a Nietzsche*, Archives Européennes de Sociologie, tomo v, 1964, núm. 2, pp. 190-238.

<sup>15</sup> W. Mommsen, *Universalgeschichtliches und politisches Denken bei Max Weber*, Historische Zeitschrift, núm. 201, 1965, p. 601.

ria fue hacer patente la peculiaridad religiosa-espiritual de Europa, que explicaría la aparición del capitalismo, como un momento único y singular de la historia universal. El mundo no europeo —China, India—, le interesó tan sólo en cuanto contraste negativo para clarificar la esencia del capitalismo occidental que el marxismo había puesto en tela de juicio y que parecía tambalearse en la Alemania imperial.

En los Estados Unidos de la postguerra, en cambio, la confianza en el capitalismo permanecía incólume. No era, por tanto, su especificidad ético-religiosa, lo que importaba subrayar con cierta nostalgia al ocaso, sino su universalidad operante. Las categorías weberianas dejan de calificar a una entidad histórica determinada —capitalismo— para insistir en su generalidad ejemplar —modernidad. La sustitución del concepto capitalismo, por el de modernidad, permite definir negativamente el concepto de sociedad tradicional, reinterpreta y seleccionando algunas categorías weberianas: se insiste en el carácter “racional”, “modélico”, del capitalismo como modernidad; se hace hincapié en la importancia de un “sistema de valores” pertinentes como condición del cambio —un determinado talante ético-religioso estaría en la base de la modernidad capitalista—; se deja de lado prudentemente la crítica de Weber a la última etapa del capitalismo —tendencias concentracionistas y burocráticas— o se invierte la valoración de la personalidad carismática —repudio del “caudillo”, apología de la democracia representativa— sustituyendo, en general, el pesimismo nietzscheano por un optimismo evolucionista.

Ni que decir tiene que las fuentes conceptuales de la sociología del desarrollo sobrepasan el horizonte weberiano. Al principio del siglo xix, la sociología como “nueva física social” (Saint-Simon), se define ya por el intento de caracterizar “positivamente”, es decir, superando la actitud meramente crítica del siglo xviii, lo nuevo y lo peculiar de la sociedad que arranca de la Revolución Francesa. Y este intento sigue caracterizando a la sociología en nuestros días, que maneja conceptos generales como modernidad, dinámica, sociedad industrial, sociedad de masas, sociedad neocapitalista. Hemos aludido, sin embargo, a esta dependencia de la sociología del desarrollo con Weber, porque en ella se manifiesta de manera cabal la contradicción que la define: por un lado, afán de eliminar en un formalismo creciente todo residuo histórico-filosófico; por otro, presencia subrepticia de una filosofía de la historia.

Repasemos brevemente la serie de postulados histórico-filosóficos, que contiene la oposición al uso, sociedad moderna y tradicional: 1. Desde un determinado momento histórico, que varía según los criterios empleados, desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa,<sup>16</sup> se origina un proceso de rápido cambio estructural que ha desencadenado energías inconmensurables (modernidad, dinámica). 2. Una “racionalidad secularizada” (Weber), aplicada al conocimiento y dominio de la naturaleza —ciencias físico-naturales, con su ulterior extensión a la técnica— y al comportamiento económico —capitalismo—, produce, al fundirse ambas actividades, un desarrollo casi inconcebible de la productividad (industrialización). La sociedad industrial, surgida en un espacio geográfico y cultural determinado —Europa Occidental— tiende, por su propia dinámica, a expandirse por todo el planeta —universalización de un proceso originariamente europeo (europeización u occidentalización). 3. La sociedad que antecede a la “explosión de la dinámica”, la llamada sociedad tradicional, corresponde, en sus estructuras básicas, a la que nos encontramos en las regiones aún no alcanzadas, o sólo parcialmente, por el proceso de modernización. 4. Este dualismo constitutivo implica que la única salida para las sociedades tradicionales es terminar integrándose a la modernidad. En este sentido, la sociedad industrial constituye el modelo que pretende reproducir el mundo subdesarrollado.

Desde estos postulados, se define la sociología del desarrollo como la ciencia que se ocupa de esclarecer los modos y etapas en que cada sociedad tradicional o en transición puede modernizarse, de la forma más rápida y al menor costo posible. Cuestionables son, sin embargo, los postulados histórico-filosóficos de que parte. No se trata ahora de discutir en detalle su validez, lo que exigiría una reflexión metacientífica que sobrepasa nuestra intención actual. Al margen, y solo para orientación del lector, mencionamos algunas de las dudas que levantan estos supuestos. Si la “racionalidad secularizada” —Lerner habla en una función semejante de “empatía”, Hagen de “creatividad”—,<sup>17</sup> es el motor originario de la movilización dinámica,

<sup>16</sup> Reinhard Bendix, “Tradition and Modernity Reconsidered,” *Comparative Studies in Society and History*, vol. ix, 1966-67, p. 329.

<sup>17</sup> “Empathy, to simplify the matter, is the capacity to see oneself in the other fellow’s situation. This is an indispensable skill for people moving out of traditional settings.” Daniel Lerner, *ob. cit.*, p. 50. Para el concepto de *creativity*, ver Everett E. Hagen, *ob. cit.* pp. 88-97.

de la “gran transformación”, entonces habría que situarla, como hace por ejemplo Karl Jaspers,<sup>18</sup> en el siglo vi antes de Cristo, momento en que por vez primera se perfila en Grecia esta nueva “personalidad racional y creadora”. En todo caso, no basta con constatar la existencia de varios “ejemplos de este fracaso de transformar un proceso relativamente avanzado de secularización en un proceso de modernización propiamente dicho”,<sup>19</sup> sin exponer las causas específicas que explicarían el éxito actual y las razones que harían suponer que la dinámica moderna inaugura una nueva época en la que no caben retrocesos ni desviaciones, que desde otro nivel histórico, en un futuro indeterminado, podrían también evidenciar nuestra experiencia como un fracaso.

Más problemática es la identificación de la sociedad tradicional del pasado, es decir, la que antecede a la explosión de la dinámica, con la subdesarrollada actual. Por lo pronto, la sociedad tradicional del pasado europeo contenía, aunque no fuese más que en embrión, los factores específicos que hicieron posible el primer proceso de modernización. Las llamadas sociedades tradicionales actuales no sólo parten de condiciones propias harto peculiares —desde la organización tribal africana a la presencia de grandes culturas, el mundo árabe, China, India, o en proceso muy temprano de europeización, América Latina—, sino que han de acomodarse a un mundo ya desarrollado, con los condicionamientos de dependencia que este hecho implica. Si no se admite sin más, el que se unifique la enorme diversidad del “Tercer Mundo” bajo el concepto de sociedad tradicional, ni mucho menos que este concepto cubra incluso el pasado precapitalista europeo, es decir, si se rechaza el dualismo tradicional —moderno—, queda sin fundamento el supuesto de que las sociedades subdesarrolladas, al asimilar la tecnología europea, han de reproducir un modelo único, precisamente el que corresponde a las actuales sociedades industriales (modernidad). En el fondo, es la filosofía de la Ilustración que concibe a la historia como un proceso universal, que patentiza un modelo único de racionalidad, y por tanto, de progreso, la que continúa tácitamente en la base de estas consideraciones.

Si hemos insistido en resaltar los elementos filosó-

<sup>18</sup> Karl Jaspers, *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*, Munich, 1950.

<sup>19</sup> Gino Germani, *Sociología de la modernización*, 1969, p. 16, nota 3.

fico-históricos que subyacen en la “sociología científica” del desarrollo, no ha sido porque, apegados a un concepto menguado de ciencia, repudiamos toda implicación filosófica. Lo grave no es que se introduzca una perspectiva filosófica en el intento de comprender las diferencias entre la sociedad europeo-occidental y el resto de la humanidad —tal vez ello resulte inevitable—, sino que se haga de manera subrepticia y vergonzante, en oposición a los supuestos “científicos” propugnados. Lo inadmisibles, en fin de cuentas, es que se haga pasar una filosofía de la historia, harto simplista y cuestionable, como ciencia objetiva que ha superado la dimensión de las ideologías y filosofías sociales.

Con la llamada “sociología científica”, la América Latina adquiere no sólo un aparato conceptual y una técnica de investigación, sino también una filosofía de la historia. Una vez conscientes de ello, conviene aislar los diferentes elementos que en sí nada tienen que ver el uno con el otro, a pesar de que ideológicamente se hayan presentado como un todo indisoluble. Cabe muy bien rechazar el dualismo, sociedad moderna y tradicional sin, por ello, tirar por la borda algunas de las técnicas actuales de investigación social que, desde otros supuestos, pueden resultar enormemente fructíferas. Por desgracia, no siempre se ha hecho esta distinción con la necesaria nitidez, llegándose a rehuir la investigación empírica en razón de los resabios ideológicos que a menudo la acompañan. Pero, la purificación que se anhela, no se conseguirá por la vuelta a una especulación global, sin base empírica, aunque, en este caso, se utilicen categorías marxistas. Puede darse un primer paso en este proceso de clarificación, mostrando, primero, cómo la teoría de la modernización ha canalizado la investigación empírica en una temática que ignora algunos de los problemas más urgentes con que se ve hoy confrontada la América Latina; segundo, cómo la reacción marxista, por lo menos en un primer momento, no ha logrado salir de un esquema semejante, aunque de signo contrario.

## I I

Una vez en posesión del esquema dualista —tradicionalismo y modernidad— resulta fácil encajar los “hechos sociales” en uno de estos dos términos: tanto porque los “hechos” se seleccionan en virtud de este esquema previo, como porque la estructura lógica de

la dualidad obliga a definir todo lo que no se ajusta a un término como perteneciendo al otro. Afinando un poco, cabe desde luego construir una escala en la que tradicionalismo y modernidad aparezcan como los polos de referencia, dentro de los cuales se incluya una serie de estados intermedios, más o menos tradicionales, más o menos modernos. Se logran así, conservando el dualismo básico, esquemas más complejos que parecen acomodarse mejor a la enorme diversidad de la realidad social.

Al aplicar este esquema, ha de constatar en la sociedad latinoamericana, como en toda sociedad subdesarrollada, la presencia de elementos más o menos modernos y elementos más o menos tradicionales —desarmonía o diacronía, que caracterizaría a todo proceso de cambio—, tanto coexistiendo por separado como fusionándose entre sí, en nuevos elementos que valdría llamar “transicionales”. La sociedad latinoamericana, en sus rasgos más generales, queda, por tanto, definida como una *sociedad en transición* en la que coexisten en diferentes dosis y en grados distintos de interrelación elementos tradicionales y modernos. Con ello, se delimita un marco global de referencia que posibilita plantear investigaciones parciales. Se trataría de aprehender empíricamente, tanto los elementos tradicionales que desde la perspectiva del cambio aparecen como inhibidores o retardatarios, como los elementos modernizadores, dinámicos, de modo que puedan deducirse medidas concretas —estrategia social— para combatir a los unos e impulsar a los otros.

La mayor parte de las investigaciones realizadas en el área en estos últimos veinte años encajan en este esquema dual. En la década de los cincuenta, la “sociología científica”, además de disquisiciones metodológicas, que reproducen las contemporáneas del mundo anglosajón,<sup>20</sup> se ocupa preferentemente de resaltar los elementos modernizadores ya existentes que importa valorar, y en su caso, apoyar, como portadores de cambio: los sectores medios urbanos y, sobre todo, el empresario moderno, son objeto de especial atención.<sup>21</sup> En la década siguiente, al dudarse seriamente de que las clases medias fueran capaces de producir cambios

<sup>20</sup> Un buen ejemplo de la discusión metodológica en la América Latina lo constituyen los trabajos que reúne Florestan Fernandes, en su libro *Fundamentos Empíricos da Explicação Sociológica*, São Paulo, 2a. ed. 1967.

<sup>21</sup> De muy desigual valor, pero muy representativos son los trabajos editados por T. Crevenna, *Materiales para el estudio de la clase media en América Latina*, 4 vols. Washington, Unión Panamericana, 1950.

estructurales importantes, el interés se centra en los obstáculos que impedirían que se consolidase el proceso de modernización. Los inhibidores que se estudian son, especialmente, la estructura agraria —latifundismo y minifundismo— y de poder, “viejas élites” —las llamadas oligarquías en la América Latina— que impedirían que las “nuevas élites” modernizadoras, impusieran la política de reformas oportuna.<sup>22</sup>

Muchos de estos trabajos parecen, sin embargo, referirse a la América Latina únicamente por los materiales empleados, pero tanto en sus supuestos como en sus resultados, se asemejan como dos gotas de agua a los realizados en otros continentes desde el mismo esquema dualista. Cabe deducir de este hecho una serie de caracteres generales, que definirían en abstracto la *situación del subdesarrollo*. Cabe también desconfiar de un esquema, que proporciona resultados tan generales. La desconfianza se justifica, si se tiene presente que la universalidad encontrada proviene, en último término, de los supuestos subyacentes, al poner en parangón al “Tercer Mundo” con los países industrializados. Lo común a todos los países no desarrollados es precisamente esta calidad negativa de no ser desarrollados —bajo productividad, escasa industrialización, deficiente escolaridad, etcétera—, conceptos que no tienen sentido más que en relación con el modelo de la sociedad industrial. Una investigación empírica que, desde el modelo occidental, intente describir a una sociedad subdesarrollada por lo que le falta —mentalidad económica, ahorro productivo, infraestructura, democracia representativa, etcétera—, llegará a los mismos resultados negativos con sólo diferencias de grado, sea cual fuere el continente elegido.

Pero con ello en nada se ha contribuido a un mejor conocimiento de la sociedad que se estudia, en su especificidad propia.

A la indeterminación negativa del concepto de sociedad tradicional, se vinculan las dificultades que ofrece la predefinición del concepto complementario de modernidad, en cuanto la serie de caracteres que lo definen han de suponerse, de alguna manera, como definitivos; de lo contrario, dejarían con el tiempo de ser modernos para convertirse, en relación con lo veni-

<sup>22</sup> Solon Barraclough; Arthur Domike, *Evolución y reformas de la estructura agraria en América Latina*, Santiago de Chile, ICIRA, 1965, y sobre todo los informes de CIDA, Colombia (1966), Argentina (1965), Ecuador (1965), Guatemala (1965), Chile (1966). Sobre las oligarquías, véase J. L. de Imaz, *Los que mandan*, Eudeba, Buenos Aires, 1964; sobre las “élites”, véase la obra editada por Lipset y Solari, *Elites in Latin America*, 1967.

dero, también en tradicionales. La dificultad radica en que la distinción entre nuevo o arcaico, moderno o tradicional, es siempre posible en cualquier realidad cambiante —y la social lo es constitutivamente. El esquema dualista, cabe aplicarlo a la sociedad moderna o industrial, tanto como a la sociedad subdesarrollada, pudiéndose señalar instituciones, mentalidades y conductas sociales que, desde una nueva dimensión, muy bien pueden considerarse tradicionales y arcaicas. Así, por ejemplo, el tipo de empresario del primer capitalismo, con su ascética ahorrativa y su afán de innovación, que se predica para los países subdesarrollados como símbolo de modernidad, es en los países altamente industrializados una reliquia del pasado, que si aún no ha desaparecido, se caracteriza negativamente por un paternalismo inquisitivo que choca continuamente con los sindicatos, y a menudo incluso, con la legislación social, obligado a un control más efectivo de la fuerza de trabajo y a pagar salarios más bajos, para mantenerse a flote, frente a la concurrencia de la gran empresa que, gracias a otro nivel de organización, puede permitirse una política social más “progresiva”, pero en la que el tipo tradicional de empresario no desempeña papel alguno.

El concepto de modernidad, si bien constituye una pieza esencial en la teoría del cambio en relación con las sociedades subdesarrolladas, es incapaz de explicar los procesos de cambio en el interior de las sociedades modernas: no cabe una teoría de la modernización de la modernidad. La utilización de estos conceptos supone, de hecho, la aceptación de las instituciones económicas, sociales y políticas de los países capitalistas altamente industrializados, ya que al ser imposible una teoría del cambio desde la modernidad, se impone la conclusión de que el cambio, a este nivel de desarrollo, no puede consistir más que en el perfeccionamiento continuo de las instituciones existentes —la economía de mercado cada vez producirá más bienestar y la democracia representativa, más libertad. Cambios estructurales han sido necesarios para acceder a la modernidad; una vez en ella, los cambios se producen en el interior de las instituciones modernas que lo son, precisamente, por ser resultado del cambio y, de tal modo condicionadas, que se acoplan a un proceso continuo de cambio.

Las contradicciones se patentizan, en cuanto el modelo que representa la modernidad deja de considerarse como una entidad abstracta, en cierto modo definida y acabada, y se inserta en la realidad, ambigua

y contradictoria, de lo histórico. En esta dimensión concreta, la modernidad postulada manifiesta elementos tradicionales o arcaicos respecto a la nueva modernidad que se divisa en el horizonte. Ahora bien, según se van tipificando nuevas formas de modernidad, los elementos tradicionales de las sociedades subdesarrolladas van cambiando de significado. Desde el individualismo liberal, por ejemplo, los restos colectivistas de algunas comunidades indígenas de los Andes, se rechazan como arcaicos; desde la perspectiva de una sociedad comunitaria, en cambio, se consideran puntos de partida útiles, para una verdadera modernización.

Las dificultades del concepto de modernidad, yacen en los supuestos histórico-filosóficos en que se apoya: 1. Supone un inciso profundo en el proceso histórico universal, que inaugura una nueva época —de rápidos cambios estructurales—, lo que implica dar por sentado, o bien que los cambios producidos antes de la “explosión de la dinámica” no son estructurales, o bien que éstos se producen a un ritmo tan lento, que no son significativos. 2. Estos cambios estructurales que caracterizan a la modernidad, se sostienen y se regulan a sí mismos en un proceso continuo de expansión (dinámica). Estos dos supuestos, imprescindibles para salvar el concepto de modernidad, difícilmente resisten una confrontación con los materiales históricos: *a*) tanto en la historia extraeuropea, como en la antigua y medieval, pueden señalarse procesos de rápidos cambios que calaron muy hondo en las estructuras económicas y sociales en cuestión, *b*) las violencias, guerras y revoluciones que han acompañado a los cambios más profundos de la modernidad europea, desde la Revolución Francesa a la Rusa, desde las Guerras Napoleónicas a la Segunda Guerra Mundial, no se acoplan con este modelo de modernidad, como cambio que se sostiene y se regula a sí mismo.

En efecto, no hay razón alguna para suponer que una vez que un país logra “despegar” (*take off*), el proceso expansivo se sostiene a sí mismo; al contrario, la experiencia histórica más bien parece indicar que los países que, en un determinado periodo alcanzaron el cenit del poder, van a la zaga en el siguiente: piénsese hoy en Inglaterra, congelada en sus propias estructuras “modernas”. Tampoco vale aclarar el carácter conflictivo del Tercer Mundo, como típico de una situación transicional que desaparecería después del “despegue” —la modernidad se caracterizaría por su capacidad de asimilar institucionalmente sus propios conflictos—, lo que está en crasa contradicción con la

carga explosiva que van acumulando los países industrializados, capitalistas o socialistas, impelidos a recurrir a la violencia cada vez que los conflictos provocados por las contradicciones internas amenazan destruir las instituciones existentes. La pretensión de que el orden dado es capaz de canalizar democráticamente los conflictos, es común a ambos sistemas, pero no resultaría difícil, en los dos casos, hacer patente sus raíces ideológicas. En lo que atañe al concepto de modernidad, como una situación definida por un ajuste continuo de los cambios a las instituciones dadas, se transparenta el interés de una burguesía que aplaude los cambios pasados que la llevaron al poder, pero que rehúsa, en la etapa actual, cualquier cambio estructural, que minaría su posición privilegiada.

Ha de sorprender la incompatibilidad entre materiales históricos y modelos sociológicos. La realidad social y sus esquemas interpretativos marchan por caminos divergentes. El doblete conceptual, tradicionalismo-moderno, continúa en la base de innumerables investigaciones sociológicas a pesar de que, como hemos intentado hacer manifiesto, no resiste la menor crítica histórica. Pero aquí yace precisamente la razón de su impugnabilidad. La sociología ha tomado textura propia, en un proceso de formalización conceptual, al margen de la experiencia histórica: la eliminación de los residuos histórico-filosóficos constituyó incluso una de las metas fundamentales que se propuso alcanzar. Y sin embargo, no pudo evitar, aunque de manera tácita y vergonzante, una filosofía de la historia imprescindible para cumplir con una aspiración a la que no podía renunciar, sin negarse a sí misma: dar cuenta del “presente”, así como de los cambios que lo han configurado. Por lo tanto, una crítica nacida de la confrontación con los hechos históricos, no puede rozar a un formalismo conceptual que ha eliminado sistemáticamente la dimensión histórica, resguardándose, para mayor invulnerabilidad, en una filosofía de la historia. Nada defiende mejor de la ambigüedad de lo histórico, que un esquema universal de su evolución total.

No hay duda de que la “sociología científica”, tal como se impuso en Norteamérica en la década de los cincuenta, ha entrado en un proceso crítico de revisión. En el mundo capitalista altamente industrializado, los modelos de socialización y los sistemas funcionalistas de equilibrio, se revelan como parte de una ideología conservadora, encargada de cimentar el *statu quo*. La separación tajante entre juicios de hecho y juicios de

valor, redujo el hacer científico a una constatación de lo empíricamente “dado” eliminando la categoría piloto de lo “que todavía no es”, pero que se divisa en el horizonte como lo que “debiera y pudiera llegar a ser”. La categoría fundamental del “deber ser” quedó aprisionada en los límites irracionales de la intimidad personal, despojada de toda objetividad propia. No es, sin embargo, ni casual ni subjetivo, lo que en una determinada sociedad va tomando forma como metas futuras que se desean alcanzar: la utopía es también un momento objetivo de la realidad social. Lo social únicamente se aprehende en la “totalidad” de lo que ha sido, actualmente es y puede llegar a ser. De una descripción sociográfica de lo que es, la sociología ha pasado a preguntarse por el proceso de cambio que explicaría las formas actuales desde las pasadas, pero no ha logrado aún integrar satisfactoriamente la dimensión futura de lo que puede llegar a ser.<sup>23</sup>

Al carecer de esta dimensión futura, las formas dadas de convivencia y de dominación pueden hacerse pasar por universalmente necesarias. La función propia de la teoría sociológica ha consistido, demasiado a menudo, en intentar mostrar el carácter universal y necesario de lo que, por haberse captado empíricamente, no puede ser más que contingente. A este respecto, resulta paradigmática la literatura sociológica que se ocupa de la estratificación social.<sup>24</sup> Las técnicas de investigación social constatan empíricamente las diferencias que permiten superponer distintas capas sociales; la teoría universaliza este modelo jerárquico, como consustancial con toda sociedad que haya alcanzado un cierto grado de complejidad, en razón del principio de la división del trabajo (Schmoller), de la necesidad de premiar con posiciones privilegiadas a los más activos o más capaces (K. Davis), o como consecuencia insuperable en todo orden social, de que unos manden y otros obedezcan (Dahrendorf).

<sup>23</sup> Este vacío, desde luego, no lo llena la reciente y abundante literatura “futuroológica”. En ella, por lo general, únicamente se extrapola el desarrollo técnico y económico previsible, dentro de las actuales estructuras. Una contribución a la integración del futuro en la sociología, se halla en el trabajo de Mihailo Markovic, “Gesellschaft”, en el libro colectivo *Veränderung der Gesellschaft, Sechs konkrete Utopien*, editado por H. Bussiek, 1970.

<sup>24</sup> El libro de Erhard Wiehn, *Theorien der sozialen Schichtung, Eine kritische Diskussion*, 1968, contiene un buen resumen de las teorías contemporáneas sobre estratificación.

Parece plausible suponer que la aplicación de la “sociología científica” a los problemas que plantea el mundo subdesarrollado, ha contribuido, en cierta medida, a la toma de conciencia de sus propios límites y contradicciones. Por lo pronto, la necesidad de acelerar los cambios estructurales en los países del “Tercer Mundo”, hizo preciso una teoría del cambio social, de la que se carecía desde que el evolucionismo perdió su nimbo científico. El dualismo, modernidad-sociedad tradicional, intentó llenar este vacío, respetando los supuestos ahistóricos y formalistas de la sociología dominante. Aún así, no pudo evitar el recurrir a categorías históricas para definir la primera modernización, replanteando una problemática decimonónica que se consideraba definitivamente superada: la de la relación constituyente entre historia y sociología, en cuanto el objeto propio de la historia es dar cuenta de los cambios estructurales que se van realizando en el devenir histórico, y una teoría general del cambio social no es, en rigor, más que una filosofía de la historia.

Al quedar claros los condicionamientos ideológicos que subyacen en el esquema dualista y evidenciarse su incapacidad para hacerse cargo de las realidades del “Tercer Mundo”, se impuso replantear la cuestión del cambio social desde el nivel más alto en que había quedado truncada en la pasada centuria, es decir, desde el marxismo. Son suficientemente transparentes las razones por las que la ciencia social reconocida, sólo indirectamente y de rechazo, contó con Marx. Más complejo —aunque implicase también una ruptura con sus postulados básicos— es el proceso de congelación del marxismo en la Unión Soviética. Stalin lo transforma en una ontología trascendental, que se ajusta a los intereses inmediatos de la oligarquía gobernante.<sup>25</sup> En la década de los cincuenta, en Estados Unidos y en la Europa Occidental no se reconocía al marxismo valor científico —se identificaba sin más con la ideología oficial soviética—, ideología desfasada, especie de “opio para intelectuales”,<sup>26</sup> condenada a ocupar una posición cada vez más residual, según fuese extendiéndose la sociedad de consumo o de bienestar, y las

<sup>25</sup> Para un análisis de la congelación del marxismo, véase Iring Fetscher, *Karl Marx und der Marxismus, Von der Philosophie des Proletariats zur proletarischen Weltanschauung*, 1967.

<sup>26</sup> Raymond Aron, *L'Opium des Intellectuals*, Paris, 1955.

ciencias sociales se consolidasen sobre bases científicas seguras.

La Segunda Guerra Mundial, sin embargo, había modificado sensiblemente la relación de fuerzas en la escena internacional. Apoyado por la presencia de un bloque socialista homogéneo, el proceso de descolonización reactualiza el marxismo en las regiones dependientes; aun en su forma estalinista más corrupta, cabe utilizarlo como arma anti-occidental y anti-imperialista. Su renacimiento actual en los países capitalistas altamente industrializados —que coincide, paradójicamente, con su crisis más profunda en el mundo socialista— sucede desde una dimensión en que, por lo menos teóricamente, se ha superado tanto el estalinismo como las posiciones de la “guerra fría”, empujado, en primer término, por la necesidad de contar con una teoría del cambio social capaz de marcar nuevos rumbos a una sociedad que se repudia en sus instituciones básicas. Sólo el pensamiento económico y social de Marx ofrece en la actualidad una teoría coherente —lo que no quiere decir, definitiva— del cambio social —contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción— y una filosofía de la historia que, al insistir en los momentos conflictivos, lucha de clases, e integrar la posibilidad de una praxis concreta, supera la idea de progreso continuo y autosostenido que un día exaltó la burguesía ascendente y que continúa implícita en la mayoría de los esquemas modernizadores.

El supuesto tácito de la sociología de la modernización es aceptar como paradigma a la sociedad capitalista altamente industrializada, a la que tenderían las sociedades tradicionales o en transición. Este carácter arquetípico de la modernidad, se hace insostenible desde el momento en que predomina la crítica de la sociedad capitalista. En vez de contraponer como polos antitéticos, por un lado, los países capitalistas avanzados (modernidad), por otro, los subdesarrollados (sociedad tradicional), la común repulsa de las instituciones básicas de ambos mundos (la propiedad privada de los bienes de producción), realiza su *unidad constitutiva*. Frente al dualismo, modernidad-sociedad tradicional, se recalca la unidad indisoluble del mundo capitalista, dentro de la cual, los países avanzados y los subdesarrollados, no serían más que la cara y el revés de una misma medalla, expresión de la contradicción interna del capitalismo, con-

denado, en su despliegue histórico, a crear a la vez desarrollo y subdesarrollo.<sup>27</sup>

Desde esta perspectiva, ha ido ganando terreno en la América Latina la crítica del esquema dualista. Rodolfo Stavenhagen, en sus ya famosas “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”,<sup>28</sup> lo desecha como la más grave falacia. En efecto, la aplicación de este esquema oculta o distorsiona dos hechos fundamentales: 1. Los sectores tradicionales y modernos se han ido configurando en un *proceso histórico unitario*; 2. Ambos sectores, tanto el arcaico, tradicional o feudal, como el moderno, dinámico o capitalista, se integran de manera funcional y complementaria en una *sola sociedad global*.

El primer punto alude al hecho, ciertamente primordial e indiscutible, de que la América Latina se ha configurado en un proceso muy temprano de europeización. No existe una América Latina ajena a Europa, que en un determinado momento de su desarrollo se viera sometida a la influencia europea. La América Latina, como realidad histórico-cultural, resulta de la presencia europea en estos territorios. La Conquista representa una ruptura definitiva con el conglomerado de culturas, sin conexión entre ellas, y con muy distintos niveles de desarrollo, que constituía la América precolombina. La historia americana se inserta en la europea, como un momento de la expansión ultramarina de la Europa renacentista. En realidad, no puede entenderse más que desde una dimensión atlántica, que incluya la interrelación constante y decisiva del viejo con el nuevo Mundo.

El europeo, en cambio, ha pretendido pensarse históricamente abstrayendo por accidental su relación con América. La filosofía de la historia que crea la burguesía en el momento de su máxima vitalidad, la hegeliana, se centra y culmina en Europa, relegando el fenómeno América al capítulo inicial sobre la base geográfica de la historia universal. De la misma manera como alrededor de las grandes ciudades se forman poblados satélites para contrarrestar un crecimiento desproporcionado, así América constituiría el continente satélite de Europa, especie de desagüe, donde iría a

<sup>27</sup> Es ésta una de las tesis centrales de Paul A. Baran, en *La economía política del crecimiento*, México, 1959.

<sup>28</sup> Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *El Día*, periódico de la ciudad de México, 25 y 26 de junio, 1965. No hemos podido utilizar más que la versión alemana, aparecida en *Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*, Berlin, 1969, siendo nuestra la versión castellana de los textos que se citan.

confluir el exceso de población.<sup>29</sup> Con todo, y es lo esencial, se reconoce a América una cierta función dependiente. Weber, al desplazar el problema del origen del capitalismo, por él, del origen del “espíritu” del capitalismo,<sup>30</sup> logra pasar por alto el papel del oro americano en la primera acumulación capitalista. Los representantes contemporáneos de la teoría de la modernización, llegan incluso a suponer que la persistencia de la sociedad tradicional en la América Latina se debería al alejamiento y falta de contactos con la dinámica nuclear europea.

La atomización de la historia europea en múltiples historias nacionales, así como la eliminación de la acción ultramarina, como si la historia de Europa se redujera a la que tiene por escenario una determinada base geográfica, ha hecho posible el que se llegara al sinsentido de intentar explicar el subdesarrollo latinoamericano por el alejamiento del núcleo europeo. Una historia atlántica, sin embargo, que considere en un marco unitario las diversas formas de interrelación entre Europa y América, está aún por hacer. Probablemente no sea ni siquiera posible; tantas y de tanta monta son las lagunas que aún tiene que llenar la investigación histórica. Tentación inmediata —se inscribe perfectamente en las necesidades actuales de la lucha anti-imperialista— es dar por sentado, que el subdesarrollo de la América Latina es consecuencia directa del tipo de relaciones de dependencia que impuso la metrópoli.

Desde luego que la historia económica y social de la América Latina se incluye dentro de un marco en el que las relaciones de dependencia desempeñan un papel primordial, pero insistir en este marco general no nos dispensa de hacer explícitos los factores que darían cuenta en cada momento histórico de las dificultades confrontadas. Identificar el marco general con los factores específicos —se trata de hipótesis que se mueven a un nivel diferente de abstracción—, impide dar razón de los distintos grados de desarrollo alcanzados dentro de un mismo marco general de dependencia. En fin de cuentas, tan injustificado resulta intentar comprender la América Latina abstrayéndola del marco atlántico, como transformar este marco en la causa única e irremediable del subdesarrollo.

<sup>29</sup> Federico Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, 4. Auflage der Jubiläumsausgabe, 1961, p. 124.

<sup>30</sup> “Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus”, en *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie*, tomo 1, 1920.

De creer a Andre Gunder Frank, “el subdesarrollo en Chile es el producto necesario de cuatro siglos de desarrollo capitalista y de las contradicciones internas del capitalismo mismo”.<sup>31</sup> Con la misma generalidad, podría escribir a la inversa que el desarrollo de los Estados Unidos es el producto necesario de tres siglos de desarrollo capitalista y de las contradicciones internas del capitalismo mismo. Regiones un día coloniales y dependientes, como los Estados Unidos, han llegado a consolidar un capitalismo industrial altamente eficaz; metrópolis, como las ibéricas, no lograron romper oportunamente las estructuras mercantilistas ni las formas señoriales de monopolio de la tierra, quedando al margen de la revolución industrial. La similitud del mundo ibérico a ambos lados del Atlántico, a la hora de la primera industrialización, *a pesar del distinto grado de dependencia*,<sup>32</sup> muestra que, si bien configura un marco cuya influencia negativa no es desdeñable, no puede considerarse, sin más, como la única, y ni siquiera la esencial causa del subdesarrollo.

Más verosímil parece suponer que la dependencia económica de la América Latina, sobre todo en el crecimiento exponencial que caracteriza a nuestra centuria, se debe, en primer lugar, a la persistencia de determinadas estructuras —mercantiles y señoriales— que un día fueron índice del gran desarrollo, claro está, medido con los criterios mercantilistas de la época —de estos territorios. La falla fundamental de la tesis de Frank, radica en la construcción arbitraria de una dependencia y de un capitalismo que se habrían mantenido constantes desde el siglo XVI a nuestros días. Habrán cambiado las formas de dependencia y los pueblos dominantes, pero el capitalismo impuesto ha ido generando subdesarrollo desde el primer momento. Crea así Frank, una continuidad del capitalismo y de la dependencia, que está en crasa contradicción con los materiales históricos. Del capitalismo mercantil del siglo XVI, al industrial de los siglos XIX y XX, hay un salto cualitativo tan considerable, como de las formas de dependencia hispánicas a las norteamericanas.

<sup>31</sup> Andre Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America. Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, 1967, p. 3.

<sup>32</sup> Es absurdo afirmar, como deja sobreentender Frank para mantener la consistencia de su tesis, que la relación de dependencia de Iberoamérica con la Península sería comparable a la de España y Portugal respecto a Inglaterra. *Idem.* p. 16.

Aquí yace el meollo del asunto: del capitalismo mercantil al industrial no hay una evolución natural y escalonada, como parece suponer Frank. Si la América Latina no logró dar el salto al capitalismo industrial, a pesar de lo reciamente arraigado del capitalismo mercantil —tal vez, por esto mismo—, no hay por qué hacer intervenir, *Deus ex machina*, a la dependencia colonial o neocolonial. La historia económica de las repúblicas italianas, creadoras del capitalismo mercantil, es suficientemente elocuente a este respecto. Lo excepcional, lo atípico, fue el que por razones muy peculiares se rompiera en la Inglaterra de finales del siglo XVIII, este círculo natural, de que el capital mercantil revierta de nuevo en operaciones comerciales y pasase a la producción industrial. Este hecho tiene consecuencias incalculables y define una nueva época histórica. Según va extendiéndose el proceso de industrialización, van ahondándose las diferencias con el mundo que permanece al margen de este proceso. Desde la mitad del siglo XIX, el desnivel es tan grande, que resulta factible integrar al mundo subdesarrollado —que se define, precisamente, por su falta de una infraestructura industrial— dentro de las necesidades e intereses de las naciones industriales: dependencia. Parece, por tanto, plausible suponer que el subdesarrollo precede a la dependencia, y no a la inversa.

El segundo hecho que, siguiendo a Stavenhagen, se opondría al esquema dualista, es que ambos sectores, el tradicional y el moderno, se integran de manera funcional y complementaria en una *única sociedad global*. Como en el caso anterior, al recalcar un hecho cierto se extrapolan consecuencias hartamente cuestionables.

Para los dualistas, la sociedad latinoamericana se caracteriza por la presencia de dos sectores, uno tradicional, fundamentalmente agrario, de baja productividad, en el que prevalecen relaciones señoriales, con el consiguiente monopolio de la tierra, al que se opondría un sector moderno, urbano, comercial o industrial, interesado en la modernización del sector tradicional, aunque no fuese más que por la necesidad de ampliar el mercado nacional. El sector tradicional, constituye así, para el moderno, una carga, un obstáculo que frena su desarrollo, a la vez que el moderno representa para el tradicional, un nuevo horizonte —efecto de demostración— que contribuiría a movilizar a las masas oprimidas de las regiones más atrasadas. Las tensiones inevitables entre ambos sectores, canalizan los cambios deseados.

Dada la lentitud de los cambios, estas tensiones no deben ser muy graves. El desinterés o pasividad de los medios urbanos frente a una política eficaz de reforma agraria, que atacaría en su base a la sociedad tradicional, desdice cualquier tipo de tirantez. La frecuente vinculación familiar entre la oligarquía financiera y latifundista inclinaría a aceptar más bien un modelo que ponga énfasis en las relaciones armónicas entre ambos sectores. Stavenhagen llega incluso a postular una reciprocidad funcional: el sector tradicional, lejos de oponerse al moderno, lo complementa, abasteciéndole de alimentos, materias primas y mano de obra, a precios muy bajos. “En las regiones ‘arcaicas’ o ‘tradicionales’ de nuestros países, ocurre el mismo fenómeno que se produce en la relación entre los países coloniales con su metrópoli (por ejemplo en África). Las regiones subdesarrolladas de nuestros países desempeñan el papel de *colonias internas*, y en vez de expresar los problemas de los países latinoamericanos bajo la rúbrica de ‘sociedad dual’, sería más correcto hablar de *colonialismo interno*.”<sup>33</sup>

Cierto, la oposición aludida entre el sector moderno y el tradicional, proviene más de los supuestos implícitos en el esquema dualista que de un análisis concreto de las formas de interrelación entre ambos sectores. Dado el grado de penetración capitalista, aun en las regiones más apartadas, parece obvio suponer en la América Latina, un engranaje complejo de relaciones entre los distintos sectores. Pero de ello no se deriva, sin más, como supone Stavenhagen, una complementariedad funcional entre el sector moderno y el tradicional: “no existe ninguna razón estructural para que no se comprendan la burguesía nacional y la aristocracia agraria; por el contrario, se complementan muy bien”.<sup>34</sup> Dejando aparte la imprecisión y problematicidad del concepto de “burguesía nacional”, que reemplazaría al no menos impreciso y problemático de “sector moderno”, hay que señalar que, en la explotación capitalista de las zonas más atrasadas, además de la aristocracia latifundista se perfila una clase intermedia, mercantil y agiotista, generalmente establecida en las capitales de provincia o en los centros urbanos regionales, incluso con características raciales propias —blancos o mestizos— en las áreas de abundante población indígena, que Stavenhagen identifica como

<sup>33</sup> Stavenhagen, *ob. cit.*, p. 20. Sobre el concepto de “colonialismo interno”, ver también, Pablo González Casanova, *La democracia en México*, 2a. ed., 1967.

<sup>34</sup> Stavenhagen, *ob. cit.*, p. 23.

parte de la burguesía rural.<sup>35</sup> Que este capitalismo comercial y usurero, se integre funcionalmente en el sector moderno, es decir, industrial y monopolista, es, por lo menos, cuestionable. Las tensiones y contradicciones entre las distintas estructuras capitalistas agrarias y urbanas, competitivas y monopolistas, productivas o usureras no son desdeñables y precisan un análisis detallado, si no se quiere llegar a conclusiones precipitadas.

La crítica de Stavenhagen<sup>36</sup> y de Frank<sup>37</sup> ha de entenderse, en primer lugar, como saludable reacción a la tesis, ampliamente difundida, sobre todo en la literatura norteamericana,<sup>38</sup> de que son las clases medias las verdaderas portadoras de cambios. Stavenhagen, cargado de razón, alude a este respecto a la heterogeneidad constitutiva de la llamada clase media, que incluye grupos con intereses tan diversos como los profesionales, empleados, técnicos, burócratas, pequeños empresarios o pequeños comerciantes, hasta parte de la aristocracia obrera que por la forma de vida y mentalidad, podría añadirse a esta difusa “clase media”, especie de cajón de sastre, donde iría a parar todo lo que no encajase en los polos extremos —oligarquía, masas populares— de la escala social. Por desgracia, esta heterogeneidad constatada se diluye al integrar a los sectores medios dentro de los intereses de la oligarquía, de la que dependerían totalmente. Así como “el mito de la clase media en ascenso”,<sup>39</sup> unifica a todos los sectores medios como portadores de cambio, así Stavenhagen y Frank los unifican inversamente como fuerza conservadora, acérrimos defensores del *statu quo*, únicamente interesados en la conservación de sus privilegios. En esta centuria, la América Latina ofrece abundante material para ilustrar posibles formas de enfrentamiento de los sectores medios con la oligarquía —revolución mexicana y boliviana—; en la historia

<sup>35</sup> Rodolfo Stavenhagen, *La réforme agraire et les classes sociales rurales au Mexique*, Cahiers Internationaux de Sociologie, 34, 1963.

<sup>36</sup> En especial la crítica a la quinta tesis, *ob. cit.*, pp. 23-27.

<sup>37</sup> Prólogo, *ob. cit.*, p. ix.

<sup>38</sup> La obra clásica que ha hecho popular esta tesis es la de J. J. Johnson, *Political Change in Latin America*, Stanford, 1958. Véase también, E. A. Lieuwen, *Arms and Politics in Latin America*, Nueva York, 1961, y C. Wagley, “The Dilemma of the Latin American Middle Sectors”, en *Proceeding of the Academy of Political Science XXVII*, mayo, 1964.

<sup>39</sup> La expresión la tomamos a Juan F. Marsal, *Cambio social en América Latina. Crítica de algunas interpretaciones dominantes en las ciencias sociales*, Buenos Aires, 1967, p. 99.

más reciente cabe, tanto patentizar la resistencia conservadora de la clase media (Argentina y Brasil), como su empuje revolucionario (Perú).

Dada la diversidad de estructuras que caracteriza hoy a la América Latina, resulta difícil concebir un acoplamiento cabal entre los distintos sectores, llámense modernos o tradicionales. Como primera orientación, cabría señalar tres sectores fundamentales: uno industrial y financiero, monopolista, en estrecha dependencia del exterior; sectores urbanos medios, entre los que habría que contar las formas capitalistas competitivas, comerciales o industriales de viejo arraigo nacional, la burocracia estatal, las profesiones liberales, etcétera; un sector agrario, en sí mismo también muy heterogéneo, que incluye desde la plantación de alta productividad encaminada a la exportación, la hacienda tradicional que por lo general abastece al mercado interno, hasta las formas colectivistas y minifundistas prácticamente al margen de la economía monetaria. Son indispensables estudios detallados para dilucidar el grado y el modo de interrelación —complementaria o en colisión— que conlleva el entrecruzamiento de estos distintos sectores y estructuras. Parece, en todo caso, inverosímil que un modelo funcionalista sea el que mejor dé cuenta de la situación real. Un ejemplo; resulta poco convincente el supuesto citado de que el sector industrial monopolista necesitaría del subdesarrollo agrario como fuente de mano de obra barata. José Nun ha mostrado, cómo la “superpoblación relativa” en la América Latina, no puede hoy, por completo, subsumirse en la categoría de “ejército industrial de reserva”, sino que representa una “masa marginal” sin relación funcional “con el sistema integrado de las grandes empresas monopolistas, dado el volumen de esa superpoblación, las condiciones generales de la economía y la forma en que esas firmas tienden a combinar los factores productivos”.<sup>40</sup> La política de control de natalidad que propugnan los grupos ligados al sector monopolista, confirmaría este carácter disfuncional de la población marginal.

Al esquema dualista se responde así con uno monista por el que, 1. El mundo desarrollado y subdesarrollado se integrarían en un proceso histórico único: a la estructuración piramidal que implica el capitalismo —concentración del poder y de la riqueza en una minoría cada vez más exigua— correspondería, a nivel inter-

<sup>40</sup> José Nun, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal.” *Revista Latinoamericana de Sociología*, núm. 2, Buenos Aires, 1969, p. 223.

nacional, la polarización, por una parte, de núcleos que concentran la mayor cantidad de poder y de riqueza —las metrópolis industriales— y por otra, de una periferia satélite que debería su propio subdesarrollo, en continuo aumento, a esta *relación de dependencia*; 2. Los sectores tradicionales y modernos, dentro de la sociedad nacional subdesarrollada, lejos de oponerse se complementarían en una relación funcional de explotación: *colonialismo interno*.

El esquema monista ha surgido como reacción frente al dualista, viniendo así a ser configurado por el modelo que repudia. Resulta aleccionador comprobar cómo ambos esquemas se corresponden en la inversión de los mismos postulados —*coincidentia oppositorum*—: mientras para el esquema dualista el capitalismo constituye el punto de arranque de la dinámica modernizadora, para el monista es la causa original del subdesarrollo; si para el dualismo, desarrollo significa aproximación a las estructuras sociales y económicas de los países capitalistas avanzados —modernización coincide con occidentalización—, para el monismo, la ruptura con estas estructuras representa la condición indispensable del desarrollo; si para los dualistas el proceso de cambio exige una política de reformas, para los monistas una política revolucionaria, capaz de hacer saltar los vínculos de dependencia.

No parece exagerado afirmar que una gran parte de los esfuerzos sociológicos para interpretar la realidad latinoamericana, puede encajarse en uno de estos dos esquemas; bien en el dualista, reformista y modernizador, bien en el monista, revolucionario y anti-imperialista. Resulta tentador considerar estos esquemas, expresión ideológica de la lucha de clases, tanto en el interior de las sociedades nacionales, entre privilegiados y desposeídos, como a nivel internacional, entre países dominantes y dominados. Lo decisivo sería, entonces, tomar conciencia de su valor instrumental, como arma de la reacción —dualismo— o de los movimientos nacionales de liberación —monismo. Arribamos así a la tesis en que culmina hoy la conciencia revolucionaria latinoamericana: la ruptura violenta de los lazos internos y externos de dependencia, constituye condición indispensable de liberación. Lucha revolucionaria es hoy lucha anti-imperialista. La tesis monista de que el imperialismo es la causa original del subdesarrollo, *sirve* en cuanto refuerza la animosidad anti-imperialista.

## I V

Empezamos con una crítica interna del dualismo, haciendo patente la fragilidad de los supuestos histórico-filosóficos en que se apoya, con el fin de poder rechazarlo sin necesidad de acudir a un no menos cuestionable esquema monista. Ciertamente, ambos esquemas manejan hechos e ideas muy dignos de consideración, y rara vez —resulta obvio— aparecen en la literatura con los nítidos contornos con que los hemos descrito. Se trata, también en nuestro caso, de una construcción simplificadora que adquiere relieve en el momento en que van perdiendo estos esquemas el prestigio de que gozaban hasta hace poco. Dicho esto, queda claro que no los recusamos por su carácter abstracto, esquemático o generalizador —sin categorías abstractas y universales no cabe hacer ciencia—, sino por su unilateralidad manifiesta que distorsiona la realidad que pretenden captar.

En efecto, el esquema dualista va perdiendo ascendente en la América Latina. Las hipótesis avanzadas, desde sus supuestos han sido falsificadas por la experiencia: lejos de ir extendiéndose y consolidándose el sector moderno (dinámico), se agrava la dicotomía entre los países subdesarrollados y desarrollados y, en el interior de la comunidad nacional, entre sectores modernos y tradicionales. El desprestigio del esquema dualista —se subraya tanto su improcedencia respecto a un proceso muy temprano de europeización, como su parcialidad ideológica, al encubrir las relaciones de dependencia— ha contribuido, en gran medida, a la popularidad del esquema monista, sobre todo en los medios estudiantiles.

Como hemos visto, el esquema monista entrelaza tres supuestos, con muy distinto grado de verosimilitud: la dependencia es la causa histórica y actual del subdesarrollo; política de desarrollo no puede ser más que política anti-imperialista; como el imperialismo es un sistema de violencia —la explotación se sustenta siempre en una violencia más o menos enmascarada—, no cabe, como reacción, más que la violencia revolucionaria. Admitida la complementariedad funcional de los distintos sectores operantes, sobre todo de las clases medias, y desmentida en la práctica la capacidad revolucionaria del proletariado industrial latinoamericano, y de los partidos que pretenden representarlo, sólo resta, animados por una interpretación harto discutible, aunque oficial, de la Revolución Cubana, concebir que un grupo pequeño, pero altamente consciente y

decidido, podría, con las armas en la mano —teoría del foco—, poner en marcha un largo proceso de movilización de las masas oprimidas, encuadrándolas poco a poco en un ejército de liberación del que saldría, una vez tomado militarmente el poder, la organización revolucionaria que precisa la edificación de una nueva sociedad libre.<sup>41</sup> Si una es la causa de todos los males —la dependencia del imperialismo— uno también ha de ser el remedio; la lucha armada. Una simplificación semejante tiene, por lo menos, el mérito de ser fácilmente asimilable, pudiéndose convertir un día en un verdadero mito revolucionario. Las revoluciones tal vez necesiten de mitos, aunque en contra de lo que creía Sorel, no baste crear mitos, ni siquiera el de la violencia, para hacer una revolución.

La crítica del monismo, al insistir en los aspectos internos del subdesarrollo, sin por ello negar el marco general de dependencia y poner en tela de juicio la integración funcional entre los llamados sectores modernos y tradicionales —colonialismo interno—, abre nuevas perspectivas teóricas que permiten, gracias a un análisis más complejo de las causas del subdesarrollo, elaborar una estrategia múltiple que las combata en diferentes frentes. La simplificación teórica lleva a una congelación de la práctica, al negarse a desplegar potencialidades reales, obcecada por esquemas preconcebidos. Una estrategia múltiple, sin embargo, no puede ignorar la interdependencia recíproca de los distintos factores que generan subdesarrollo, ni la perentoriedad de definir prioridades y alternativas claras.

La cuestión de la violencia y de la lucha armada pierde así su actual carácter esotérico, irracional, casi místico. Ciertamente que el cambio rezuma violencia; violencia que a su vez coadyuva a la maduración del siguiente proceso; pero se trata de una violencia objetiva, impuesta por los conflictos pendientes, que es preciso canalizar en la dirección deseada —la violencia, como cualquier otra forma de energía, sólo es útil si se sabe emplear oportunamente—, pero en ningún caso debe confundirse con una especie de varita mágica, capaz de dar salida, como por encanto, a una situación que se reputa insoluble. La apelación a la violencia como motor inicial del proceso de cambio —siempre presente, cuando al repudio total de la realidad vivida se vincula el sentimiento de impotencia para cambiarla— parece hoy en la América Latina, recurso típico del intelectual, agobiado por el abismo

<sup>41</sup> Régis Debray, *Revolución en la Revolución*, La Habana, 1967.

creciente, entre el grado de conciencia adquirido y su incapacidad para inmiscuirse activamente en un proceso social, que contempla desde una posición marginada.

La disolución de ambos esquemas ha puesto de manifiesto en la América Latina la crisis profunda por la que pasa la sociología del área. Crisis que no es extraña a la que sufre esta ciencia en las sociedades avanzadas. En los años cincuenta, en un momento en que se creía que el capitalismo había conseguido estabilizarse definitivamente en la llamada “sociedad de masas”, la “sociología científica”, segura de ella misma, logra enmascarar los escollos como síntomas de excesiva juventud. Hoy, la sociología vive una crisis radical —cala hasta las raíces—, en cuanto atañe a su pretensión básica de autonomía: las fronteras con las demás ciencias sociales, sobre todo con la economía, la historia y la psicología, empiezan a cuestionarse al desaparecer la evidencia de que la formalización conceptual que conlleva una fundamentación positivista, constituye la forma científica por antonomasia. Que la realidad social exige para su captación la perspectiva de varias disciplinas, se reconoce explícitamente en el afán, hoy ya casi moda, de un tratamiento pluridisciplinario. La mera acumulación, sin embargo, de los resultados independientes de varias disciplinas ante un mismo objeto de investigación, no aminora el embarazo. Ahora bien, la interconexión metodológica de estas disciplinas en un hacer común —otra cura, no surtiría efecto— replantea el viejo problema decimonónico de la fundamentación de la ciencia social: sin una dimensión histórico-económica (Marx) y una individual-psicológica (Freud), no cabe aprehender lo social, pero estas perspectivas resultan, en último término, inasimilables, al romper los cauces categoriales y metodológicos de la sociología establecida.

A estas dificultades se añaden, en la América Latina, las que provienen de su situación especial: peculiaridad de su evolución histórica y subdesarrollo. Es comprensible que la actual postura crítica frente a la sociología positivista, se haga más perceptible en la América Latina, donde, acoplándose mucho menos a los problemas planteados, no ha adquirido el grado de institucionalización de los Estados Unidos y de la Europa Occidental. Al desecharse el esquema dualista, en cualquiera de sus múltiples formas, una cantidad considerable de investigaciones, pasadas o en vías de realización, quedan sin base teórica. El sociólogo latinoamericano va tomando conciencia del abismo existente

entre métodos y planteamientos importados, y los problemas candentes que propone la realidad nacional: escalación de la violencia, revolucionaria y contrarrevolucionaria; estancamiento económico, cuando no recesión; disolución o inoperatividad de las formas políticas demo-liberales; consolidación de dictaduras militares y reforzamiento de la represión; crecimiento vertiginoso de la población marginal etcétera.

Ante esta situación crítica, se perfila en la América Latina una “nueva sociología”<sup>42</sup> que, rechazando los esquemas dualistas importados y sin caer en el espejismo de los monistas, quiere aproximarse a la realidad propia, no para conocerla “como una meta en sí misma, sino para proyectar hacia el futuro una sociedad superior a la que se tiene”.<sup>43</sup> Este compromiso exige liberarse del lastre ideológico de una ciencia social, por encima de las fracciones e intereses en pugna, que elimina toda dimensión teleológica que no encaja en el sistema establecido. No se conforma con aprehender empíricamente un momento parcial (*cross-section*), para ir juntando las piezas que nos darían cuenta de lo que *es*, sino que intenta comprender el presente como totalidad, en la dinámica de un pasado que se proyecta hacia un futuro, utopía, que hay que ganar en una lucha, de la que el sociólogo no se considera al margen.

El anhelo de participar activamente en la actual batalla de liberación de la América Latina, no puede significar la supervaloración de elementos emocionales ni la vuelta a una retórica grandilocuente, aunque ahora teñida de consignas revolucionarias. Más que nunca, se impone el rigor científico, el análisis preciso, la utilización apropiada de las técnicas aprendidas, de los institutos y equipos que han surgido en estos últimos quince años, cuyo nivel, a veces, supera al de sus equivalentes europeos o norteamericanos. Por vez

<sup>42</sup> La denominación “nueva sociología” la tomamos en el sentido en que la utiliza Pablo González Casanova, en *La nueva sociología y la crisis de la América Latina*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, 1968, mimeo. Su reciente obra, *Sociología de la explotación*, México, 1969, constituye un magnífico ejemplo de esta “nueva sociología” latinoamericana, que se define tanto por su actitud crítica frente al “falso rigor empirista, tan estrechamente asociado a las ciencias sociales predominantes hoy en Estados Unidos”, como contra los que “se quedan en los *slogans* y las palabras pomposas del marxismo ortodoxo y dogmático, renunciando a las grandes tradiciones que el propio marxismo tiene de investigación científica de alto nivel, que siempre ha complementado y acompañado a la investigación militante”, p. 3.

<sup>43</sup> Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia. Visión del cambio social en la historia*, Bogotá, 1967, p. 11.

primera en una ya larga historia, la sociología, latinoamericana se halla en condiciones de contribuir decisivamente al conocimiento de su propia realidad social; y sin saber a punto fijo en dónde estamos, malamente podremos encaminarnos hacia un futuro mejor.

Lo que caracteriza a la “nueva sociología” latinoamericana es tanto su compromiso activo con un proceso de cambio, que rebase el marco capitalista, como su afán de rigor científico, eso sí, parándose a distinguir entre ciencia y positivismo. Las técnicas empíricas de investigación social resultan fructíferas, desde planteamientos capaces de aprehender las relaciones sociales en su “totalidad” dialéctica.<sup>44</sup> Nada más estéril —esterilidad de que da cuenta la mayor parte de las investigaciones positivistas— que intentar captar lo concreto en una inmediatez incuestionable. “Lo concreto es concreto, porque es el conjunto de muchas determinaciones”;<sup>45</sup> lejos de ser obligado punto de partida, constituye en sí ya un resultado, tanto de un conjunto de relaciones e interdependencias, como de un largo proceso histórico. Lo concreto es parte de una totalidad que lo determina y le da sentido. Desde el punto de vista lógico, estas totalidades son categorías abstractas, “el método de remontarse de lo abstracto a lo concreto, es el único modo que tiene el pensamiento de apropiarse de lo concreto”.<sup>46</sup> En vez de estudios parciales, cuyo sentido se difumina en una totalidad inaccesible por la mera acumulación de infinitas piezas, la “nueva sociología” parte de los problemas presentes en la conciencia actual latinoamericana, desde el plano más alto de abstracción en que se formulan —estructura social y conflicto de clase; marginalidad, subempleo y crecimiento de la población, inestabilidad política y persistencia de las estructuras tradicionales de poder; dependencia externa y configuración de un sector monopolista etcétera para llegar, en un análisis detenido, a planteamientos concretos que permitan elaborar estrategias y alternativas de orden práctico. La “nueva sociología” se comprende, así, como un momento —de reflexión y de orientación— de la acción

<sup>44</sup> Para una interpretación latinoamericana del método dialéctico en relación con una teoría del cambio social, véase Celso Furtado, *Dialéctica del desarrollo*, México, 1965.

<sup>45</sup> “Das Konkrete ist konkret, weil es die Zusammenfassung vieler Bestimmungen ist, also Einheit des Mannigfaltigen” Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 21.

<sup>46</sup> “Die Methode vom Abstrakten zum Konkreten aufzusteigen, nur die Art für das Denken ist, sich das Konkrete anzueignen, es als ein geistig Konkretes zu reproduzieren”, *idem.*, p. 22.

“subversiva”,<sup>47</sup> que genera el futuro mejor a que se aspira.

Partir de estas totalidades abstractas para desembocar en una acción revolucionaria, supone una nueva relación con el pasado histórico. El sociólogo de la región va ganando conciencia de que una de las dificultades mayores para comprender el presente como totalidad, se debe a la ignorancia de su propia histo-

<sup>47</sup> Hablamos de “subversión” en el sentido que señala Fals Borda: “en realidad, los subversores de esta categoría no quieren destruir sino lo que consideran incongruente con sus ideales, y tratan más bien de reconstruir la sociedad según nuevas normas y pautas. Probablemente el primer rebelde de este talante fue Moisés, acaudillando a su pueblo ante la tiranía de los Faraones”, *ob. cit.*, p. 27.

ria. La generación insurgente creó el mito del feudalismo colonial y fracasó en la tentativa ilusoria de edificar, en el vacío, y desde cero, una nueva sociedad. La historiografía decimonónica ha tenido una significación primariamente hagiográfica —culto de los grandes hombres de las guerras de Independencia— al servicio de las oligarquías nacionales. Después de la Segunda Guerra Mundial, la “sociología científica”, en sí misma ahistórica, refuerza la ruptura con el pasado latinoamericano, adoptando una filosofía de la historia —sociedad tradicional-modernidad— que disuelve hasta la posibilidad de una historia propia. El porvenir de las ciencias sociales latinoamericanas depende de su capacidad de ganar e integrar esta perdida dimensión histórica.